

DOMINGO XXV DEL TIEMPO ORDINARIO (Ciclo C)

La parábola que hoy nos propone el evangelio es, para muchos cristianos causa de perplejidad. ¿Qué significa «ganaos amigos con el dinero injusto, para que cuando os falte os reciban en las moradas eternas»? Esta dificultad ya la vio san Agustín, quien alertaba contra el pensamiento de algunos que decían que se podía robar si después se entregaba algo a los pobres (las tergiversaciones son tan antiguas como el Evangelio). Una regla para interpretar las Escrituras es entender cada parte a la luz del todo. Y por el Evangelio sabemos que Jesús no está sancionando una forma ilícita de actuación. Basta con recordar la conversión de Zaqueo para caer en la cuenta de que el recto uso del dinero exige justicia y mueve a la caridad.

En la parábola de hoy se contraponen el modo propio de actuar en el mundo a la dinámica del Reino de los cielos. La parábola es exagerada, pero tiene un sentido pedagógico.

Quien alaba al administrador infiel no es Jesucristo, sino el amo, que está en el orden de las cosas del mundo. Jesús contraponen los hijos del mundo a los de la luz. Los primeros sirven al dinero, los segundos a Dios. Por eso ambos buscan fines distintos que, además, son incompatibles: «No podéis servir a Dios y al dinero». De ahí que la exhortación a «ganar amigos con el dinero injusto» se considera una ironía del Señor.

La primera lectura también alerta sobre el mal uso de las riquezas. El dinero ejerce un terrible atractivo sobre el hombre y, continuamente hemos de realizar actos heroicos para huir de su influjo y desapegarnos. Es una buena ascesis hacer actos de renuncia y generosidad. La Madre Teresa de Calcuta decía que hay que dar hasta que duela. Así aprenderemos a valorar las auténticas riquezas, que son los bienes que Dios nos tiene prometidos.

A la luz de estas consideraciones ya vemos que ganarse amigos con el dinero injusto consiste en un uso honrado del dinero y, además, en «compartir el pan con el que pasa hambre». La auténtica inversión es transformar los bienes terrenales en crédito para la eterna. Podemos llamarlas «riquezas» si queremos, pero no hemos de olvidar que no son nuestra «auténtica riqueza».

Desgraciadamente, el espíritu de la parábola no es tan ajeno a nuestros tiempos y detrás de frases como «lo primero es lo primero» se antepone indebidamente lo terrenal a lo eterno.

Que la Virgen María nos ayude a valorar debidamente las realidades pasajeras de la tierra, pero tener el corazón en las del cielo.